

XXI^o Domingo Del Tiempo Ordinario

A principios de esta semana, miré una reunión de unos 15 hombres pensados estar entre los más propensos a matar a alguien en Kansas City. La reunión fue patrocinada por la Alianza a la No Violencia, un grupo que representa a las fuerzas del orden, los líderes de la comunidad, organizaciones de la fe, y los afectados por el crimen violento. La Alianza a la No Violencia identifica a las personas con alto riesgo de actuar con violencia o ser víctimas. Los presentadores incluyeron el Alcalde Sly James, el fiscal del condado de Jackson Jean Peters Baker, el Jefe Diputado de la Policía Cheryl Rose, el fiscal federal Tammy Dickinson, un ex-delincuente, y varias madres cuyos hijos han sido asesinados. Todos ellos prometieron a estos 15 hombres una mejor manera de vivir a través de los servicios sociales, el buscar de empleo y protección contra las pandillas. Pero también prometieron que la próxima pandilla responsable de un homicidio en Kansas City se va a enfrentar con una acción firme e inmediata de las fuerzas del orden. Prometieron esperanza, pero también prometieron el castigo de la ley. Yo he invitado a la Alianza a la No Violencia a la parroquia de San Antonio para que tengamos una reunión en español el mes próximo para reducir la amenaza de la delincuencia.

El castigo y la amenaza del castigo deben ayudar a las personas a ser mejores seres humanos, lo que todos hemos experimentado cuando éramos niños. No nos gustaba que nuestros padres nos castigaran, quitándonos los aparatos electrónicos o no dejándonos jugar. Pero por lo general el castigo ayuda a los niños a tomar mejores decisiones. A veces no resulta así. Algunas personas cuando se les castigan se enojan y se comportan peor. Otras veces las personas que castigan hacen demasiado. Algunos padres abusan de sus hijos golpeándolos. El abuso no les enseña a los niños a hacer lo correcto. La mejor motivación para obedecer es positiva: la creación de un mundo mejor. Pero otros sólo obedecen si la motivación es negativa: el miedo a la disciplina.

La enfermedad y la adversidad son normalmente diferentes. A veces, las personas enfermas dicen: “No sé qué hice mal, pero Dios me está castigando.” Otros se sienten así cuando pierden un trabajo, o sufren un robo, o reciben una factura inesperada. Se preguntan, “¿Por qué me está castigando Dios?” A veces nosotros mismos somos responsables de nuestra adversidad, pero también le pueden pasar cosas malas a personas buenas.

En la segunda lectura de hoy, la carta a los Hebreos expresa otra opinión sobre el sufrimiento. Los cristianos buenos se preguntaban, “¿Por qué estamos sufriendo tanto? ¿Por qué Dios nos castiga cuando hemos sido tan fieles.” La carta les da este consejo: “Soporten, pues, la corrección; porque Dios los trata como a hijos.” Las pruebas a las que son sometidos no son castigos; sino son disciplina para que su fe sea más fuerte.

Los atletas olímpicos hacen que los deportes se vean fáciles y divertidos. Pero ellos no adquieren experiencia por accidente. Ellos han trabajado muy fuerte en una disciplina de dieta, ejercicio y fortaleza mental con el fin de convertirse en lo que son hoy en día.

Cada uno de nosotros tenemos esa oportunidad en la vida espiritual. Las dificultades que padecemos no son una señal de que Dios nos ha abandonado. Significa que Dios está detrás de nosotros, como un buen padre, ayudándonos a aguantar estas pruebas para que podamos enfrentarnos a pruebas más fuertes en el futuro. Te puedes preguntar, “¿Por qué estoy sufriendo?” Ya sea que estés enfrentando el reto de un nuevo año escolar, nuevas responsabilidades en el trabajo, una enfermedad, o un cambio en tus relaciones, no porque hayas cometido un crimen. Puedes estar bien, pero Dios desea que seas un poco mejor.